

enseña S. Jerónimo (1), «sólo le comen los que están robustecidos con Cristo», es decir, los que están poseídos de su gracia santificante. Es ciertamente este sagrado texto, uno de los más fuertes del antiguo Testamento, por el que se declara la materia del Sacramento de la Eucaristía, convertida en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Así Alápide con los Padres de la Iglesia. Admiran, en efecto, las nociones tan completas que los vates hebreos pronosticaron de la Eucaristía. Aquel Señor que se propuso por medio de estas infalibles lenguas, dar á entender al mundo, principalmente á su pueblo escogido, las verdades fundamentales de la Religión Católica, entre muchas que omitió, no dejó de predicar la de la Eucaristía, dando con esto sublime ejemplo de que nos quería constantes en la fe de un Misterio tan elevado.

(1) Hunc panem comedunt qui in Christo robusti sunt. D. Hieron. in Zach. c. 9.

CAPÍTULO IX

La Eucaristía y los Salmos

La grandeza de la Eucaristía y su indecible suavidad pronosticadas por el Real Profeta

David: he aquí el hombre formado según el corazón de Dios, que había de consignar en sus poéticos salmos, las maravillas, las misericordias y las finezas del eterno. Enamorado este santo rey de aquel Señor cuyo nombre es excelso, no respira en sus inspirados escritos otra cosa que suavidad, amor y confianza en su Dios. Perfectamente instruído en el advenimiento del Cristo, lo describe unas veces como Hijo de Dios, otras como revestido de nuestra humana naturaleza; ora como Juez Justo, ora como Redentor del linaje de Adán; ya como cabeza de la Iglesia, ya como humilde miembro de ella; bien orando y suplicando á su Eterno Padre, bien gozándose en la posesión de Dios y suspirando por la bienaventurada mansión. Este es el sentir de los Santos Padres con S. Agustín, el cual, confirmando estas razones, declara que «el Salmista trata á Cristo, unas veces como cabeza de la Iglesia, otras como miembro de ésta y á veces como ambas cosas unidas». Por más que los divinos salmos del vate coronado reconozcan por autor instrumental á David, no obstante, el principal es el Espíritu Santo, que los dictó á aquél. He ahí por que á más del sentido literal que tienen los salmos, poseen el profético y el alegórico, que suelen ser aquí el sentido principal aunque funda-

do en la corteza de la letra; por consiguiente no se vaya á creer que cuando David habla, ruega, implora, es él quien en su propio nombre ejecuta todas estas acciones, antes bien: el que principalmente obra todo esto es Jesucristo á quien todo se refiere. Prediciendo, pues, aquel profeta algunos asuntos referentes á Jesús Sacramentado, procuraré hacer varias observaciones sobre los mismos.

(1) «*Grandes son las obras del Señor*». Así empieza el santo rey uno de sus más hermosos versos, corroborándolo después, cuando en otro salmo (2) exclamaba que Dios sólo era el que ejecutaba grandes maravillas. Mas ¿con qué fin pregona David que las obras del Señor son grandes? ¿No es acaso para darnos á entender la grande obra de la Eucaristía? Así lo indica el mismo salmo; y del propio modo comenta Nicolás de Lira, (3) cuando siente que, «por dos razones expresa David que las obras del Señor son grandes; 1.^a por las divinas obras, tomadas en general, 2.^a por el beneficio especial de la Eucaristía; y por esta razón, prosigue el citado salmo diciendo: (4) «*La obra de Él es alabanza y magnificencia*». ¿Cuál es esta obra que es por excelencia, magnífica? ¿cuál entre todas descollará para que le tributemos peculiar alabanza? Es la Eucaristía, como asegura el mismo Lira, tomado el texto en el sentido moral, y así dice: (5) «Las obras de Dios nos inducen con grandiosidad á alabarle, por confesión de loores; pero como la Eucaristía es la obra más admirable de Dios, ella es, pues, la que nos induce y debe mover para ensalzar al Altísimo: luego ella es su alabanza y magnificencia. Confirmando esto mismo, continúa el salmo engrandeciendo á

(1) Magna opera Domini. Ps. 110, 2.

(2) Qui facit mirabilia magna solus. Ps. 135, 4.

(3) Hic ad propositum rationes adducit. Et primo, ex divinis operibus generaliter. Secundo, ex beneficio Eucharistia specialiter. Lira in Ps. 110.

(4) Confesio et magnificentia opus ejus, et justitia ejus manet in etc. Ps. 110, 3.

(5) Ejus opera inducunt nos ad magnifice confitendum ei laudis confessione: et quoniam Eucharistia est opus Dei mirabilissimum, ergo. Lira loc. cit.

Dios por estas palabras: (1) «*El señor misericordioso y compasivo, dejó memoria de sus maravillas*». ¿Cómo? *Dando sustento á los que le temen*». ¡Lado sea Nuestro Señor Jesucristo! ¡cuánto nos ama! En su infinita misericordia y en su compasión sin límites nos dejó un bello recuerdo de sus grandes obras; «por lo que se ha de saber, exclama el Agustino, que, (2) siendo sus obras todos los días admirables, sin embargo, reserva las no usadas para el tiempo más oportuno, por las cuales recordase la enfermedad del hombre. Pero ¿de qué sirven los milagros sino se teme á Dios? ¿de qué este temor, si el Misericordioso no da comida á los que le temen? Esta comida es, pues, el pan que descendió del cielo, la cual nadie mereció, sino que la dió gratuitamente la Misericordia». Que esta memoria de las maravillas del Señor fuese la Eucaristía, lo enseña Nicolás de Lira, cuando dice que el Señor (3) «no nos dejó una memoria corporal, antes bien, espiritual; á saber: su Cuerpo y Sangre». Pero añade el salmo: «*Comida dió á los que le temen*». Los que temen al Señor son aquéllos que guardan sus mandamientos, por cuya razón están siempre dispuestos para recibir á Jesús Sacramentado y la comida es el Cuerpo de Cristo dado en el Sacramento de la Eucaristía.

Consideremos atentamente por que razón dice el salmo: (4) «*Se acordará el Señor eternamente de su alianza*». ¿Cuál es esta mutua alianza? No otra sino aquélla que Jesucristo hizo con la Iglesia, dejándola en el Sacramento su Divina Sangre, diciendo: «*Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre*»; y como asegura el V. Beda (5), este salmo pone *sæculum* por lo eterno; y á la verdad, se acordará el Señor de su alianza, porque la anunció, esto es: porque «*la manifestó á su pueblo juntamente con el poder de sus*

(1) Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se. Ps. 110, 4.

(2) August. in Ps. 110.

(3) Non corporalem sed spiritualement, id est: corpus et sanguinem suum. N. Lira in Ps. 110.

(4) Memor erit in sæculum testamenti sui. Ps. 110, 5.

(5) V. Beda in Ps. 110.

obras,» según añade el mismo salmo, en el verso siguiente; y como de estas obras la más estupenda es la Eucaristía, de ahí que se acordará de ella eternamente. Acerca de este punto, dice Nicolás de Lira: (1) «se describe consiguientemente, la condición ó eficacia de la Eucaristía, respecto de la vida futura; pues tiene la eficacia de introducir en la bienaventuranza si se recibe devotamente».

No se contenta el profeta con anunciar á las claras lo que he indicado acerca del divino Memorial, antes bien nos lo repite con inefable entusiasmo en otro salmo, diciendo: «Señor, tu nombre es eternamente: la memoria de ti será por generación en generación» (2). S. Buenaventura refiere este verso á aquello que dijo Nuestro Señor en la noche de la cena hablando del sacrificio de nuestros altares: «Esto haced en memoria de mí». Y á la verdad: la memoria de la Pasión y muerte del Redentor y también sus demás insignes prerrogativas, las recordamos siempre que se celebra el sacrificio ó le recibimos sacramentalmente y, habiendo de ser esto eterno, por eso su memoria es eterna.

El mismo profeta da á conocer en otro lugar la razón de tanta maravilla como manifestó Jesucristo al mundo, y así dice: (3) «Sabed, pues, que el Señor ha hecho maravilloso á su Santo», el cual es el Ungido de Dios, que en la noche de la cena demostró el prodigio máximo de su Omnipotencia y sabiduría infinitas.

¿Quién podrá, acaso, ponderar la suavidad de Jesús Sacramentado? David la declara dulcemente por estas palabras: (4) «¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura que tienes escondida para los que te temen! La has dado cumplida á aquellos que esperan en ti, á la vista de los hijos de los hombres.» Según hemos expuesto, la comida que nos da Jesús en la Eucaristía se llama escondida,

(1) Lira, loc. cit.

(2) Ps. 134, 13.

(3) Et scitote quoniam mirificavit Dominus Sanctum suum. Ps. 4, 4.

(4) Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Perfecisti eis qui sperant in te, in conspectu filiorum hominum. Ps. 30, 20.

porque su efecto sacramental y su espiritual gusto están cubiertos con los accidentes de pan y vino. Jesucristo concede esta comida delante de todos los fieles y aun de los enemigos de la Iglesia; y por eso dice que la otorga cumplida á la vista de los hijos de los hombres, quienes (1) «Rebosarán la abundancia de la suavidad del Señor», porque serán colmados de todas las gracias espirituales.

(2) «Suave es el Señor para con todos, dice David, en otro lugar, y sus misericordias sobre todas sus obras». Para con todos los hombres es el Señor suavísimo porque en todos derrama diariamente su bella providencia, pero particularmente lo es para con aquellos que le reciben Sacramentado. Estas particulares dulzuras las experimentan sólo los que se toman el cuidado de percibir las, por lo que dice el salmo: (3) «Gustad y ved, porque suave es el Señor»; á lo que añade S. Agustín: (4) «Gustad la Carne y la Sangre de Jesucristo, porque suave es el Señor; mas no solamente es suave, sí que también dulce, porque es vida del que le recibe, de suerte que por este rico manjar poseeremos la vida eterna donde no habrá molestia de ningún género». La dulzura que Nuestro Señor suele conceder á los que comulgan devotamente, procede del amor que Jesús tiene á las almas, y como este amor, si me es permitida la frase, lo tiene depositado en la Santa Eucaristía, claro está que, en concediendo éste á las almas, derramará también sobre las mismas su inefable dulzura; razón por la que semejantes almas suelen entonces repetir con David: (5) «Diste alegría á mi corazón»; mas ¿por qué tal alegría? A esto responde el mismo salmo: (6) «Por el esquilmo de su trigo, vino y aceite.» No está de sobra añade el Agustino, que diga el profeta: Por

(1) Memoriam abundantiae suavitatis tuæ eructabunt. Ps. 144, 7.

(2) Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus. Ps. 144, 9.

(3) Gustate et videte quoniam suavis est Dominus. Ps. 33, 9.

(4) Gustate carnem et sanguinem Christi, suavis est Dominus, et dulcis, quia est vita sumenti pellens omnes molestias in futuro: id est, sperate per hoc vitam æternam. S. August. in Ps. cit.

(5) Dedisti lætitiā in corde meo. Ps. 4, 7.

(6) A fructu frumenti vini et olei sui. id.

el esquilmo de su trigo, etc.; porque este trigo es el de Dios; ya que Él es el pan vivo que descendió del cielo. El vino á que alude, es el vino de Dios, según dice el mismo profeta: «*Se embriagarán de la abundancia del vino de tu casa*». Y el aceite, es también el de Dios, del cual dice David: «*Un-giste con óleo pingüe mi cabeza*»; aceite que, según quedó dicho, es la materia del santo crisma (1).

¿Por qué dirá el profeta: «*El monte de Dios, monte pingüe?*» Hemos observado anteriormente que por el monte de Dios se entiende la Iglesia de Jesucristo: luego al afirmar David, que este elevado monte es riquísimo ¿de dónde le ha de venir tanta riqueza sino del que habita en la Iglesia? Por lo que más abajo se confirma esta idea cuando dice: (2) «*Monte es este en el que se agradó Dios de morar*»; y como interpreta Nicolás de Lira: «Dios Padre agradóse de que su Hijo Jesucristo habitase en la iglesia, figurada por el monte de Dios; y aquella promesa del Redentor, hecha á los Apóstoles de que moraría con éstos hasta la consumación de los siglos, se ve anunciada por David (3). Quiere este profeta rey que glorifiquemos á Jesucristo en su monte santo, y para el efecto nos exhorta diciendo: (4) «*Ensalzad al Señor Dios nuestro y adoradle en su monte santo, porque santo es el Señor Dios nuestro*». En el templo católico, donde nuestro adorable Salvador habita perennemente, es donde debemos adorar con humildad profunda á Jesucristo á fin de cumplir con uno de los más elementales deberes del cristiano.

Empero en otros varios lugares de los mismos salmos, se patentiza el vehemente deseo que abrigaba el profeta de que adorásemos á Jesucristo. Por eso exclama: (5) «*Adorad al Señor en el atrio de su santuario*»; palabras que expone Lira, diciendo que aunque en todas partes se puede adorar

- (1) Aug. loc. cit.
 (2) Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo. Ps. 67, 17.
 (3) Etenim Dominus habitabit in finem. Ps. 67, 17.
 (4) Exaltate Dominum Deum nostrum, et adorare in monte sancto ejus, quoniam sanctus Dominus Deus noster. Ps. 98, 9.
 (5) Adorate Dominum in atrio sancto ejus. Ps. 28, 2.

al Señor, sin embargo, en el lugar sagrado se practica esto con más devoción. «*Entraremos en su tabernáculo y le adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies*» (1), prosigue el profeta, lo cual se debe entender de la Iglesia y de los cristianos que adoran á Cristo sacramentado; porque si atendemos á sus palabras, los pies de Jesucristo en ninguna parte de la tierra se hallan sino en el Sacramento del altar, en el que por modo inefable se halla realmente presente el cuerpo íntegro de Cristo, juntamente con su Sangre y Divinidad.

El mismo vate sagrado dice en otro salmo: (2) «*Tomad hostias y entrad en sus atrios*»; por las cuales *hostias* entienden S. Basilio (3) y Teodoreto las que ofrecen los sacerdotes de la Nueva ley; y según expone Nicolás de Lira: (4) «el profeta pone hostias en plural y no en singular, para denotar á Jesucristo Sacramentado bajo las dos especies de pan y vino, las cuales, aunque sean un solo y perfecto Sacramento, empero hay en ellas dos consagraciones distintas, de las cuales una no respecta á la otra». Sobre esto mismo advierte el P. Scio (5) que la palabra *hostias* en el Hebreo no significa víctima, antes bien *hostia* incruenta, principalmente la que se hacía con harina, lo cual no carece de misterio, porque indica la santísima Eucaristía.

La protección empero que este Misterio nos ofrece fué predicha por David cuando prorrumplía confiado: (6) «*Envíete el Señor socorro desde el santuario y desde Sión te defienda*». Desde el santuario donde reside Jesús, se nos envía toda suerte de consolación y alegría y «*desde Sión*», esto es; desde esta misma Iglesia, figurada por Sión, Jesús Sacramentado nos libra de nuestros enemigos; todo lo cual hacía exclamar al profeta: (7) «*Recibimos, ¡oh Dios! tus*

- (1) Adorabimus enim locum ubi steterunt pedes ejus.
 (2) Tollite hostias et introite in atria ejus. Ps. 95, 8.
 (3) Id. in Ps. cit.
 (4) Lira id. Ps. cit.
 (5) In Ps. cit.
 (6) Mittat tibi auxilium de sancto et de Sion tueatur te. Ps. 19, 3.
 (7) Suscepimus Deus misericordiam tuam in medio templi tui. Psalmus 47, 10.

misericordias en medio de tu templo». La misericordia de Dios en lo que aquí respecta, son los sacramentos, especialmente el del Altar, puesto que, siendo este Sacramento adorable efecto del inmenso amor de Jesucristo hacia los hombres, se corresponde admirablemente con la misericordia, que no es otra cosa que efecto del amor de Dios hacia sus criaturas formadas á su imagen. Este sagrado Convite lo recibimos en la Iglesia, que es á lo que aluden las palabras «*en medio de tu templo*». Tan convencido estaba el profeta rey de que en el templo del Señor se reciben copiosamente las gracias de Dios que, presintiendo lo que había de suceder á la venida del Mesías con los hijos de la Iglesia, exclama: (1) «*Seremos, Señor, colmados de los bienes de tu casa*»; palabras que concuerdan perfectamente con las que anteriormente había dicho: (2) «*Serán embriagados de la abundancia de tu casa, y les darás á beber en el torrente de tu deleite; porque en ti está la fuente de la vida.*» ¿Cuáles son estos bienes que con abundancia están depositados en la casa de Jesucristo? y ¿cuál es ese torrente de delicias espirituales que dimana de la fuente de agua viva Cristo Jesús? Queramos reconocerlo. El bien que por excelencia se halla en la Iglesia es el Sacramento del Amor y el torrente de deleites, son las gracias y dones que proceden de Él, cual fuente inagotable de vida eterna. En las iglesias donde mora la Eucaristía, oye el Señor de un modo particular nuestras oraciones, por ser el lugar deputado por el mismo Jesucristo para tales efectos, por lo cual dice el profeta: (3) «*Y oyó (el Señor) desde su templo santo mi voz, y el clamor que yo hice en su presencia entró en sus orejas*». Aunque los expositores católicos atribuyan este hermoso pasaje al templo del cielo, empero, nosotros podemos muy bien aplicarlo, en sentido acomodaticio, al lugar santo donde habita Jesús sacramentado, porque hablando David en persona de

(1) Replebimur in bonis domus tuæ. Ps. 64, 5.

(2) Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos. Quoniam apud te est fons vitæ. Ps. 35, vv. 9, 10.

(3) Et exaudivit de templo sancto suo vocem meam, et clamor meus in conspectu ejus, introivit in aures ejus. Ps. 17, 7.

Cristo y en este lugar particularmente de los miembros del místico cuerpo, que somos los fieles, claro está que al elevar nosotros nuestra oración á Jesús en el Sacramento y haber asimismo logrado su favorable despacho, podemos repetir entonces las citadas palabras del salmo.

Tan dulces eran para David los largos ratos que pasaba en el templo, delante del Dios de los ejércitos, que enajenado en su Señor, exclamaba: (1) «*¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor*». Otro tanto pueden decir los fervorosos cristianos dentro de sus templos. ¡Qué horas tan felices aquellas que se pasan al calor del sagrario! ¡Cuán dulces, cuán alegres, cuán consoladores son los templos de Jesucristo, para los que con reverencia profunda y temor santo están en ellos, haciendo compañía á Aquél que por una eternidad ha de ser su más grata delicia! Por eso debemos repetir con el profeta: «*Mi alma codicia los templos de Cristo*». Proferidas estas palabras, continúa el vate coronado (2) «*El pájaro halló hueco y la tórtola nido para sí, donde poner sus polluelos. Tus altares, Señor de los poderíos; Rey mío y Dios mío*»; que es como si dijera: si estas avecillas encuentran lugar seguro donde colocar sus crías, ¿no lo encontraré yo en vuestros altares, para guarecerme, siendo así que éstos constituyen mi más poderoso refugio? Sí, Rey mío y Dios mío; tus altares para mí son la mansión agradable que espero conseguir.

Estas sentidas expresiones profería David, cuando perseguido de Saúl, ó de su hijo Absalón, anhelaba ver los tabernáculos del Señor para descansar en ellos tranquilamente; mas los expositores católicos entienden aquí, por altares, los de la mesa eucarística, porque afirma Casiodoro, que estos altares se hallan (3) «*donde las almas son alimentadas con el celestial convite*», las cuales se gozan entonces como

(1) ¡Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Ps. 83, vv. 1, 4.

(2) Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos. Altaria tua, Domine virtutum rex meus et Deus meus. id, 4.

(3) Ubi animæ celestis convivio epulantur. Casiodor. in Ps. 83.

si estuvieran en la mansión eterna, de la cual es dicho convite su principio. S. Alfonso de Ligorio expone la referida autoridad del mismo modo, pues enseña que á semejanza de las avechillas que encuentran su refugio en cualquier hueco, así nuestro baluarte y lugar seguro de defensa es Jesús sacramentado.

Por este motivo el profeta no deseaba sino habitar largos días junto á los altares, y así dice: (1) «*Una sola cosa he pedido al Señor, esta volveré á pedir; que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver el deleite del Señor y visitar su templo,*» sobre las cuales palabras, comenta Nicolás de Lira, que David pidió al Señor el habitar en su santo templo, para ejecutar con diligencia todo aquello que pertenece al divino servicio, como cantar, alabar y adorar á Dios; pero que estas expresiones eran proféticas, puesto que se referían al deseo que tendrían los fieles de habitar los templos de Jesucristo, según tenía felizmente lugar en los primeros siglos del Cristianismo. Las palabras, «*para ver el deleite del Señor*», anunciaban las delicias que proceden de la Santa Eucaristía, las cuales serían percibidas por aquellos fieles que con buenas disposiciones se acercasen á recibirlas; y esta locución «*visitar su templo*», significaba las obras que ejecutarían los mismos fieles en la Iglesia, que son, como advierte Lira: «alabar á Dios devotamente y ofrecer el sacramento de la Eucaristía».

Lo expuesto es suficiente para dar por terminado el presente capítulo. Reconozcamos en David los sentimientos proféticos acerca del adorable Sacramento y revistámonos de las fervorosas aspiraciones que este santo rey tenía por morar junto al tabernáculo del Señor, con el fin de agradarle y corresponderle.

(1) Unam petii á Domino hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ. Ut videam voluptatem Domini, et visitem templum ejus. Ps. 26, 4.

CAPÍTULO X

*El dogma de la Eucaristía y sus grandiosos efectos
anunciados en los Salmos*

Suelen ser las mercedes de los poderosos de la tierra en extremo magníficas, con objeto de que no desdigan de los nobles títulos de sus ricos dueños; pero las dádivas que concede el Poderoso por esencia, Aquél cuyo trono, sostenido por espíritus seráficos, se remonta por encima de las blancas nubes, no sólo son riquísimas, sí que también admirables. Á la verdad: el Excelso nunca ha sabido otorgar beneficios mezquinos á los hombres, ya que enseña el profeta que: (1) «Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento declara las obras de sus manos»; mas ¿qué son todas estas suntuosidades materiales comparadas con las que se nos han otorgado en orden á nuestra santificación y salvación eterna? Poseemos á Jesucristo, al Hijo de Dios, y con Él lo tenemos todo; este es el beneficio, este el regalo del Eterno Padre. ¿Podrá haber merced semejante á esta? Los cielos se espantan, los ángeles se pasman, los hombres se admiran, y el universo entero, doblando su faz, adora la magnificencia del Eterno. ¡Jesucristo! ¡qué dádiva tan admirable! Le tuvimos mientras peregrinó por la tierra, le poseemos en la Eucaristía y le obtendremos en el cielo.

(1) Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum. Ps. 18, v. 1.